

Familia, horizonte y esperanza

Mayo 2026



Augusto Pinheiro

Augusto Pinheiro es un teólogo y escritor brasileño.

CADA DIA, Volumen 26, Número 05, Mayo 2026. Copyright © Ministerio Reforma.
Toda Escritura es de la: Reina Velera 1960. Puede citarse parte de este librito devocional citando la fuente.

Tiraje: 5 mil

Texto: Augusto Pinheiro

Redacción editorial: Huascar de la Cruz

Dirección General: Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Traducción: Rubí León

Digramación: David Marín

Portada: Daniel Ulin



Ministerio
Reforma



Familia, horizonte y esperanza

Augusto Pinheiro

En el ámbito espiritual, la familia contemporánea enfrenta sus crisis apoyándose muchas veces en referencias confusas, superficiales e incluso distorsionadas. En lugar de reflexionar con profundidad, con frecuencia se deja arrastrar por el ritmo acelerado de la cultura, adoptando modelos que prometen plenitud inmediata pero que no sostienen en el tiempo. Y no faltan quienes comercializan fórmulas religiosas atractivas, ofreciendo respuestas rápidas a problemas complejos.

Mientras tanto, la familia sigue necesitando lo esencial: cariño, presencia, protección, dirección y descanso. La familia —como diseño y propósito de Dios— no ha desaparecido ni desaparecerá. Su fundamento no descansa en teorías humanas, sino en el carácter inmutable del Señor. Dios sigue siendo el mismo, y toda familia que lo busque con sinceridad encontrará orientación, consuelo y esperanza en su voz.



HORA DE NACER

“Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento...”

Lucas 1:14

Hay anhelos que se guardan en silencio durante años. Muchas parejas sueñan con un hijo, imaginan su risa en la casa, sus pasos pequeños llenando los pasillos, su voz llamándolos “papá” y “mamá”. Creen —y con razón— que un hijo no solo agranda la familia, sino que ensancha el corazón. Así vivieron Zacarías y Elisabet. Su deseo no era superficial; era una oración repetida, una esperanza que parecía desvanecerse con el paso del tiempo. Pero el cielo no había olvidado. En un momento inesperado, Gabriel apareció con una noticia imposible: sus oraciones habían sido oídas. Dios no solo les daría un hijo; les integraría en la historia de la redención.

Aquel niño tendría nombre, identidad y misión. “Llamarás su nombre Juan... y será lleno del Espíritu Santo” (Lucas 1:13,15). Nada en ese nacimiento sería casual. En hebreo, Juan significa “Dios ha mostrado gracia”. Cada vez que pronunciaban su nombre, recordaban que eran el testimonio viviente del favor divino.

Quizá hoy también sea hora de nacer. Tal vez no un hijo, pero sí una nueva etapa, una restauración, una esperanza que parecía estéril. La gracia de Dios todavía visita hogares, todavía sorprende a los que creen haber esperado demasiado. Cuando la gracia nace en casa, todo cambia. Y entonces entendemos que no fuimos olvidados, sino favorecidos por el Dios de lo imposible.

Ora: *Dios nuestro, derrama tu gracia sobre nuestras familias. Que tu presencia llena de amor y poder nos ayude a vivir con gozo y alegría. En el nombre de Jesús, Amén.*

HERENCIA EMOCIONAL

“Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre”.

Lucas 1:44

Lucas, el médico detallista que luego sería discípulo de Cristo, nos permite asomarnos a un momento profundamente humano: un bebé que responde con alegría desde el vientre de su madre. No fue un simple movimiento biológico; fue una reacción emocional. Juan, aún no nacido, “saltó de alegría”. La Biblia llama “niño” a esa vida en formación (Job 3:16). Antes de ver la luz, antes de escuchar su nombre, ya existe sensibilidad, ya hay respuesta. Desde la primera célula hasta el latido firme, el vientre materno se convierte en el primer hogar y en el primer ambiente emocional.

Allí se respira aceptación o tensión, ternura o rechazo. El niño que es esperado con amor antes de nacer generalmente será recibido con brazos abiertos después. La vida intrauterina es un espacio donde comienzan a tejerse vínculos invisibles pero poderosos. Y eso nos lleva a preguntarnos: ¿qué ambiente nos formó a nosotros? ¿Crecimos rodeados de palabras de afirmación o de silencios fríos? ¿Qué emoción domina hoy nuestro hogar? La herencia material puede perderse, pero la herencia emocional marca generaciones.

Las palabras importan. La voz de María produjo gozo en el vientre de Elisabet. Por eso, el cariño hacia la madre es también cuidado hacia el hijo. Y hablar con ternura —aun a ese bebé que todavía no ha nacido— es sembrar gracia antes de que abra los ojos al mundo.

Ora: *Dios, ayúdanos a cultivar un ambiente familiar favorable por medio de palabras constructivas y llenas de amor. Que Jesús siempre nos acompañe. Te lo pedimos en Su nombre. Amén.*

NINGÚN HIJO ES UN ERROR

“Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?”

Juan 9:2

Basta cerrar los ojos por unos segundos para que la oscuridad nos inquiete. Imagine entonces lo que es vivir así todos los días. Quienes disfrutamos plenamente de nuestros sentidos difícilmente comprendemos lo que significa enfrentar una limitación física desde el nacimiento. Y lo que no entendemos muchas veces intentamos explicarlo con juicios apresurados. Eso hicieron los discípulos. Buscaron una causa, un culpable. Pero Jesús rompió ese esquema simplista: “No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él” (Juan 9:3). Donde otros ven castigo, Jesús ve propósito.

En el corazón de Cristo siempre hay un “para que”. Un escenario donde la gracia puede brillar con más fuerza. Los hijos con alguna incapacidad no necesitan lástima; necesitan amor. No siempre podremos sentir lo que ellos sienten, pero ellos sí pueden sentir lo que nosotros les transmitimos. Aunque alguien no vea, puede sentir el calor de una caricia. Aunque no oiga como nosotros, puede percibir la vibración de una palabra dicha con amor.

Ningún hijo es un accidente en las manos de Dios. Cada vida es terreno santo donde Dios obra para su gloria. Y cuando aprendemos a amar como Cristo, dejamos de preguntar “¿por qué?” y comenzamos a vivir el glorioso “para qué” de Dios, convirtiéndonos en instrumentos vivos de Su gracia.

***Ora:** Señor Jesús, enséñanos a tratar a nuestros hijos y a cumplir tu obra de amor. Cura nuestra indiferencia y limpia nuestros sentimientos. Amén.*

RESPECTANDO LAS DIFERENCIAS

“Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores”.

Mateo 4:18

No hay nadie igual a usted. No hay nadie igual a su hijo. No hay nadie que piense, sienta y reaccione exactamente como él. Jesús lo entendía perfectamente. Un día miró a dos hermanos: Pedro y Andrés. Crecieron en la misma casa, aprendieron el mismo oficio, y, sin embargo, eran distintos. Pedro era impulsivo, valiente, dispuesto a bajarse de la barca y caminar sobre el agua (Mateo 14:27-32). Andrés era más silencioso, observador, el que sabía señalar con precisión: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes y dos peces” (Juan 6:8-9). Jesús no intentó convertir a Andrés en Pedro. Ni le pidió a Pedro que dejara de ser Pedro. Los llamó a ambos. Los formó a ambos. Los usó a ambos.

El Señor no uniforma; transforma. No borra la personalidad; la redime. A veces, como padres, queremos hijos “a nuestra imagen”. Nos incomoda el que es más sensible. Nos desespera el que pregunta demasiado. Nos inquieta el que no reacciona como nosotros reaccionaríamos. Pero Dios no nos entregó copias. Nos confió personas. Cuando respetamos las diferencias, ayudamos a nuestros hijos a descubrir el diseño único que Dios puso en ellos. Y cuando eso ocurre, no solo crecen personas más seguras, crecen discípulos más firmes. Porque el propósito no es que nuestros hijos sean como nosotros. Es que sean como Cristo — con la personalidad que Él les dio.

Ora: Señor Jesús, muéstranos cómo convivir aún con nuestras diferencias y las de nuestros hijos en los buenos y malos tiempos. Con humildad te lo pedimos, Amén.

EL PODER DE SENTARSE Y ESCUCHAR

“En esto vinieron sus discípulos, y se maravillaron de que hablaba con una mujer; sin embargo, ninguno dijo: ¿Qué preguntas? o, ¿Qué hablas con ella?”.

Juan 4:27

En el diario de un adolescente —encontrado demasiado tarde— había una frase estremecedora: “Hoy será el día”. Había decidido quitarse la vida. No porque no fuera amado, sino porque sentía que había fallado... y que en su casa no había espacio para hablar del fracaso. Su padre, un médico respetado y brillante, le había enseñado que el error no tenía cabida. Y cuando el joven tropezó, creyó que había perdido también el derecho a dialogar.

Pero Jesús hace exactamente lo contrario. En Juan 4, el Maestro se sienta junto al pozo y conversa. No predica un sermón desde lejos. No señala primero el pecado. No humilla. Dialoga. Es que Jesús sabía algo que nosotros olvidamos: el diálogo abre la puerta donde la condena la cierra. Cuando le dice: “Ve, llama a tu marido”, no la está exhibiendo; la está invitando a traer su realidad completa a la conversación. Jesús no teme hablar de lo difícil. Tampoco teme escuchar.

A veces los hijos no huyen por rebeldía. Huyen por miedo. Miedo a decepcionarnos. Miedo a nuestras reacciones. Miedo a que el error los defina para siempre. Un hogar sin diálogo se llena de suposiciones. Un hogar con diálogo se llena de esperanza. Quizá hoy no necesitamos más reglas en casa. Quizá necesitamos más conversación. Porque cuando el silencio mata por dentro, el diálogo —a la manera de Cristo— puede devolver la vida.

Ora: Señor Dios y Padre, queremos resolver nuestras cuestiones personales por medio del diálogo y tenerte como nuestro mediador y consejero. Oramos en nombre de Jesucristo tu Hijo. Amén.

LIBRE ACCESO

“Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos”.

Mateo 19:14

Yo quise salir contigo, pero nunca encontraste tiempo. Y tampoco me explicaste por qué. Quise darte un beso, pero casi nunca te inclinaste para recibirlo. Aprendí que tus ocupaciones eran más importantes que mis abrazos. Pensé muchas veces en buscarte cuando tenía pesadillas, pero me repetías que tu sueño era “sagrado”. Así que aprendí a enfrentar mis miedos solo.

Quise conocer tus historias de infancia, tus errores, tus luchas, para saber si eran parecidas a las mías. Tal vez eso me habría dado esperanza. Pero insistías en que debía “madurar rápido”. Tenía preguntas sobre mi cuerpo, mi sexualidad, mis emociones, pero antes de escucharme, ya habías sentenciado a mi generación como irresponsable y perversa. Intenté mostrarte quién era. Pero siempre parecía que había una versión mejor de mí, la que tú querías que fuera.

Padre, quizá nunca comprendiste la profundidad de lo que Jesús declaró: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis”, no estaba hablando solo de espacio físico. Estaba hablando de acceso. De brazos disponibles. Jesús nunca cerró el diálogo. Nunca declaró sagrado su descanso por encima del corazón de un niño. Y eso es lo que los hijos necesitan: No padres perfectos. Sino padres accesibles. Porque cuando cerramos la puerta, no solo impedimos el acceso a nosotros, podemos estar estorbando el camino hacia Cristo.

Ora: Señor Jesús, necesitamos con urgencia ser accesibles a nuestros hijos. Ayúdanos a quitar los impedimentos, nuestra ignorancia y usar la sabiduría. Amén.

DIFICULTADES INESPERADAS

“[...]todo el pueblo estaba en amargura de alma, cada uno por sus hijos y por sus hijas; mas David se fortaleció en Jehová su Dios”.

1 Samuel 30:6

Hay familias que viven al límite de sus fuerzas. Los hijos sienten la presión de un mundo inestable. Los padres cargan responsabilidades que parecen no terminar nunca. Y muchas veces el ánimo se desgasta. Los problemas comunes ya son suficientes: cuentas, malentendidos, decisiones difíciles. Pero existen otro tipo de situaciones... las que no vimos venir.

David y sus hombres regresaron esperando descanso, y encontraron ruinas. Los amalecitas habían atacado, incendiado el campamento y llevado cautivas a sus familias. Era un golpe devastador. El texto dice que el pueblo estaba en “amargura de alma”. Nada sacude tanto como lo inesperado. Un diagnóstico que nadie anticipaba. Una pérdida repentina. Una traición descubierta. Una llamada que cambia la noche.

Lo inesperado nos hace sentir vulnerables. Nos recuerda que no tenemos el control. Pero en medio de ese escenario, la Escritura resalta algo extraordinario: “Mas David se fortaleció en Jehová su Dios”. No negó el dolor. No minimizó la tragedia. Se fortaleció en Dios. Eso significa que trasladó su peso al único que podía sostenerlo. Significa que, antes de reaccionar, buscó dirección. Las dificultades inesperadas revelan dónde descansamos realmente. No podemos evitar todos los ataques de la vida. No podemos prever cada tormenta. Pero sí podemos decidir dónde fortaleceremos el corazón.

Ora: *Dios y Padre, fortalécenos ante las dificultades que causan las separaciones familiares y ayúdanos a vencerlas con la fuerza de tu poder. Danos la victoria por medio de Jesús, Amén.*

AMOR QUE INCOMODA PARA PROTEGER

“Y su padre nunca le había entristecido en todos sus días con decirle: ¿Por qué haces así?”.

1 Reyes 1:6

Educar no es simplemente proveer. Es amar lo suficiente como para decir: “Ese camino no te conviene”. Es anticipar las consecuencias antes de que el golpe llegue. La corrección —quizá la parte más difícil— es aplicar una consecuencia que despierte conciencia. No es humillar. No es violencia. Es intervenir con firmeza para evitar un daño mayor.

El texto bíblico presenta un detalle doloroso acerca de Adonías, hijo de David: “Su padre nunca le había entristecido...” Nunca le preguntó: “¿Por qué haces así?”. Nunca lo confrontó. Nunca lo contrarió. Y el resultado fue predecible: quiso hacerse rey por su cuenta. Un hijo sin límites no se vuelve libre; se vuelve desorientado. Un hijo sin corrección no se vuelve fuerte; se vuelve impulsivo. Contrariar no es maltratar. Contrariar es enseñar que no todo deseo es correcto. Es negar un privilegio para proteger el carácter. Es postergar un derecho para formar responsabilidad.

Hoy nuestros hijos crecen en medio de una cultura sin frenos, donde casi todo parece permitido. Si en casa tampoco encuentran dirección, el mundo ocupará ese espacio. La disciplina bíblica no es dureza sin amor. Es amor que se atreve a incomodar. Porque el propósito no es controlar la conducta momentánea, sino formar el corazón para toda la vida. Y a veces, la mayor muestra de amor no es decir “sí”, sino saber decir “no” a tiempo.

Ora: Dios y Padre, en estos días de maldad y violencia, queremos ser ejemplos de bien para nuestros hijos. Concédenos la sabiduría para educarlos. En el nombre de Jesús, tu Hijo. Amén.

PUERTE CERRADA, CIELO ABIERTO

“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”.

Mateo 6:6

Vivimos en una generación vigilada. Cámaras en las calles. Micrófonos abiertos. Redes sociales que convierten la vida privada en espectáculo público. Nos hemos acostumbrado a vivir expuestos. Todo se comparte. Todo se comenta. Pero Jesús nos recuerda que hay un lugar que no necesita audiencia: el lugar de la oración. Cuando Él dice: “Entra en tu aposento y cierra la puerta”, no está despreciando la oración pública. Está protegiendo el corazón. Está enseñando que lo más profundo no debe ser objeto de la curiosidad ajena.

Hoy muchas familias están heridas no solo por sus problemas sino por haberlos expuesto sin sabiduría. A veces, bajo el pretexto de “peticiones de oración”, asuntos íntimos se ventilan donde no deberían. No todo problema necesita micrófono. Hay batallas que se resuelven de rodillas, en silencio, con la puerta cerrada.

El “aposento” del que habla Jesús es un espacio de honestidad. Allí el Padre ve lo que nadie más ve: las lágrimas, el temor, la angustia. Y allí también obra. La familia que aprende a orar en secreto aprende a depender de Dios antes que de la opinión pública. Aprende a tratar los conflictos primero con el cielo, antes que con la multitud. No se trata de esconder el pecado. Se trata de preservar la dignidad. Se trata de confiar en que el Padre que ve en lo secreto sabe cuándo y cómo traer la respuesta.

Ora: Padre celestial, te agradecemos por conocer nuestros problemas. Danos amigos sinceros con los que podamos compartir lo que nos aflige y nos hace sufrir. En el nombre de Cristo. Amén.

LA FIESTA DEL PERDÓN

“Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó”.

Lucas 15:20

He visto muchas fiestas. Fiestas de boda. Fiestas de cumpleaños. Fiestas de graduación. Fiestas por logros alcanzados. Pero pocas veces he visto una verdadera fiesta del perdón. ¿Qué sucede cuando alguien cae gravemente y luego regresa arrepentido? Con frecuencia, el foco no está en la restauración, sino en el error. Lo que pudo haberse tratado con discreción se convierte en tema público.

Pero Jesús cuenta otra historia. Un hijo malgasta su herencia, rompe la confianza, hiere el corazón del padre y termina en la miseria. Cuando finalmente vuelve en sí, regresa ensayando una confesión: “Padre, he pecado... ya no soy digno...”. Sin embargo, antes de terminar su discurso, el padre ya está corriendo. Y luego ordena algo sorprendente: “Traigan el mejor vestido... pongan un anillo en su mano... hagan una fiesta”.

El perdón fue una celebración pública de la gracia. El padre no ignoró el pecado. Pero tampoco permitió que el pecado definiera para siempre a su hijo. En nuestras familias, ¿sabemos celebrar el arrepentimiento? ¿Sabemos distinguir entre disciplina y restauración? ¿Sabemos cuándo es momento de confrontar... y cuándo es momento de abrazar? Un hijo que regresa arrepentido no necesita un tribunal. Necesita un padre que refleje el corazón del cielo. Y cada vez que un hogar abre los brazos en lugar de cerrar la puerta, el cielo vuelve a celebrar.

Ora: *Dios gracias por tu perdón, que es celebración de paz, de conciencia sin culpa, de regreso al camino. Agradecemos también por el amor de Jesús, que nos recibe con los brazos abiertos. Amén.*

CAMBIOS OPORTUNOS

“Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré”.

Génesis 12:1

Cuando Dios llamó a Abraham, no le entregó un plano detallado ni un itinerario con fechas y garantías. Le dio una orden sencilla y, al mismo tiempo, desafiante: “Vete... a la tierra que te mostraré”. Era un llamado a salir sin saber exactamente a dónde. Era una invitación a confiar antes de ver. Muchos viven atrapados en un “pequeño mundo” por temor al cambio. Permanecen en lo conocido, aunque sea limitado, porque lo desconocido asusta. No siempre es la falta de oportunidades lo que detiene; a veces es la falta de fe para dar el paso.

Dios no llama para despojar, sino para conducir hacia algo mayor. Él es la entrada a nuevas oportunidades, pero también la salida de viejas ataduras. Cuando Él guía, los cambios no son caprichosos; son oportunos. Son parte de un propósito que, aunque no entendamos del todo, está sostenido por Su promesa.

Quizá el llamado de hoy no sea dejar tu ciudad, pero sí abandonar un temor, una actitud negativa, una costumbre que te estanca. Tal vez Dios te esté invitando a confiar más, a emprender algo que has postergado, a obedecer en un área donde has dudado. Los cambios que nacen de la voz de Dios no son saltos al vacío; son pasos de fe sobre terreno firme. El mismo Dios que llamó a Abraham sigue llamando hoy. Cuando Él dice “sal”, no es para perder, sino para crecer.

Ora: *Dios, Tú eres mi seguridad y estabilidad. Provee luz a mi camino para que pueda tomar las decisiones correctas en lo que respecta a los cambios en mi vida. En Jesús, Amén.*

MÁS ALLÁ DE LA APARIENCIA

“Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura...”

1 Samuel 16:7

La generación joven suele inquietar a muchos padres. Cabello de colores intensos, perforaciones, tatuajes, ropa distinta, gustos musicales que no siempre comprendemos. A veces pareciera que cada detalle externo es una declaración de independencia. Algunos padres, movidos por amor pero también por temor, intentan moldear a sus hijos según los patrones de su propia generación. Se preocupan intensamente por la forma, el estilo, la música, el peinado... pero descuidan el corazón. Se enfocan en la apariencia, cuando el verdadero campo de batalla es el carácter.

Pensemos en Juan el Bautista. Su vestimenta y alimentación no encajaban en los estándares de su tiempo. No era precisamente el modelo de elegancia cultural. Sin embargo, Jesús no lo evaluó por su aspecto, sino por su fidelidad y su valentía. Lo honró por su carácter profético, no por su imagen externa (Lucas 7:24-35).

Cuando Dios habló a Samuel, dejó una verdad que aún persiste: el ser humano mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón. La moda pasa. Las etapas cambian. Los estilos se transforman. Pero el carácter permanece. Si aprendemos a mirar como Dios mira, descubriremos que, detrás de la apariencia, hay un corazón que necesita dirección, comprensión y gracia. Y allí es donde realmente comienza la verdadera transformación.

***Ora:** Señor Jesús, líbranos de imponer a nuestros hijos una cultura que se base en la apariencia. Que ellos sean ejemplos de belleza interior, según tus enseñanzas. Amén.*

DESPERTAR A TIEMPO

“Y él, despertando, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto...”

Mateo 2:14

Muchos especialistas coinciden en algo doloroso: gran parte de quienes caen en las adicciones son jóvenes que crecieron con carencias afectivas. No siempre faltó el pan; a veces faltó la presencia. No siempre faltó tecnología; a veces faltó conversación. En una era hiperconectada, muchos adolescentes viven profundamente solos. Buscan sensaciones intensas para anestesiar angustias silenciosas.

El ejemplo de José es conmovedor. Cuando la amenaza apareció, no dudó. “Despertando... tomó al niño y a su madre”. No delegó la responsabilidad. No minimizó el peligro. Estuvo presente. Ese es el verdadero amor: presencia activa en momentos decisivos. Cuando los hijos son pequeños, quieren ir a todas partes con nosotros. Pero al crecer, comienzan a caminar por cuenta propia. Y allí es donde el papel de los padres se vuelve más estratégico que nunca. No se trata de control obsesivo, sino de acompañamiento sabio. De saber dónde están, con quién están, qué consumen —no solo en sustancias, sino en contenidos, ideas y amistades—.

Las drogas no comienzan con una sustancia; comienzan con una ausencia. Estar presentes no garantiza que no habrá tentaciones, pero sí fortalece el corazón para enfrentarlas. Como José, despertemos a tiempo. Protejamos. Acompañemos. Porque el amor que vigila y guía puede marcar la diferencia entre huir del peligro o caer en él.

Ora: Señor, no dejes que nuestros hijos caigan en la tentación de las drogas. Redime por tu poder a los que ya son prisioneros de ellas. Oramos en el nombre de tu Hijo Jesús. Amén.

TIEMPO PARA TODO

“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora”.

Eclesiastés 3:1

Las estadísticas muestran que cada vez nacen menos niños. Muchas parejas postergan la decisión de tener hijos... y otras simplemente la descartan. Las razones parecen lógicas: poco tiempo, crisis económica, incertidumbre laboral, exigencias profesionales. “No es el momento”, se dice. Y ese “momento” a veces nunca llega.

Desde el principio, Dios habló de fruto y multiplicación. No como una carga, sino como bendición. Sin embargo, hoy el debate gira más en torno al costo que al regalo. ¿Cuánto cuesta criar un hijo? ¿Cuánto tiempo demanda? ¿Cuánto sacrificio implica? Pero hay una pregunta más profunda que deberíamos hacernos: ¿Realmente no tenemos tiempo o simplemente lo estamos usando en otras cosas?

Podemos pasar horas frente a una pantalla, navegando sin rumbo, consumiendo noticias, entretenimientos y preocupaciones ajenas. Los hijos, sean uno o varios, no necesitan padres perfectos, pero sí presentes. Necesitan conversaciones, correcciones amorosas, abrazos espontáneos. Necesitan ver que ocupan un lugar real en nuestra agenda, no solo en nuestras intenciones. Más que contar cuántos hijos tenemos, deberíamos preguntarnos cómo estamos invirtiendo nuestras horas. Porque al final, lo que más recordarán no será cuánto dinero había en casa... sino cuánto amor y atención recibieron en ella.

Ora: Señor Jesús, necesitamos tu sabiduría para encontrar el equilibrio entre la vida profesional, la vida conyugal y la vida familiar. Derrama sobre nosotros tus bendiciones. Amén.

UNA FE MÁS PROFUNDA

“Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles”.

Lucas 2:46

Una adolescente se acerca a su padre y le pregunta: —Papá, cuando oramos “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”... ¿esa tierra es el planeta Tierra? El padre, algo sorprendido, responde que sí. —Entonces, si algún día vivimos en Marte... ¿tendremos que decir “hágase tu voluntad en Marte como en el cielo”? Mientras nosotros apenas logramos que nuestros hijos memoricen el Padre Nuestro, ellos ya están pensando cómo orarlo en otro planeta. Las nuevas generaciones no solo escuchan; cuestionan y analizan. Y eso no necesariamente es falta de fe. Puede ser el inicio de una fe más profunda.

A los doce años, Jesús no estaba jugando a la religión. Estaba en el templo, sentado en medio de los maestros, mientras oía, preguntaba y respondía. No tenía una espiritualidad pasiva. Era viva, reflexiva, comprometida. La fe que solo repite fórmulas difícilmente sobrevive a los cuestionamientos de la adolescencia. Nuestros hijos no necesitan únicamente aprender oraciones; necesitan entenderlas. No necesitan solo normas; necesitan convicciones. No necesitan una religión automática, sino una relación auténtica con Dios.

Tal vez la pregunta no sea si nuestros hijos sabrán orar correctamente en Marte. La verdadera pregunta es si estamos cultivando en casa un espacio donde puedan preguntar sin miedo, dudar sin ser rechazados y buscar a Dios con honestidad.

Ora: Señor, haz que seamos prácticos al tratar los asuntos que habitan la mente y el corazón de nuestros hijos. Que ellos puedan sentirse seguros cuando necesitan aclarar sus dudas. Amén.



Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Suscríbete a nuestro canal de YouTube y no te pierdas de todo el contenido que hemos creado para ti



Ministerio
Reforma

visita nuestra página web:
www.ministerioreforma.com





Haz lo que muchos han hecho alrededor del mundo, renovando su vida espiritual haciendo de CADA DÍA su devocional.

Los devocionales han sido una bendición. Esta mañana lo compartí con algunas madres de la iglesia y las motivé a compartirlo también.
Lidia Macías, California, Estados Unidos

Estas reflexiones son muy buenos y les agradezco las compartan. Dios les bendiga.
Silvia Carrera, Yucatán, México

Desde hace mucho tiempo he sido bendecido con la asistencia espiritual de ustedes como equipo, a través de sus meditaciones, y han sido de mucha ayuda para my familia y congregación
Adrian Padrón, Cuba,

¡Que linda palabra! Dios los bendiga y los guarde siempre. A todo el grupo de Reforma, muchas gracias. Un fuerte abrazo para todos.
Luz Henao, Cuba





Tú también puedes ser parte de nuestra comunidad, te esperamos en nuestras redes sociales.

facebook:



YouTube:



Instagram:



¡Nos encantaría saber de ti!

**Si tienes alguna duda o sugerencia
puedes escribirnos a:**

cadadia@ministerioreforma.com

**o enviarnos un mensaje a nuestra página
de facebook:**

Ministerio Reforma



UN ALTAR COTIDIANO

“Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; Tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa”.

Salmo 128:3

La mesa no es solo un mueble. Es un altar cotidiano. Es el lugar donde de la familia se mira a los ojos, donde se escuchan historias del día, donde se comparten cargas y también risas. La hora de la comida puede convertirse en uno de los momentos más formativos del hogar o en uno de los más tensos. Con frecuencia llevamos a la mesa las preocupaciones del trabajo, las cuentas pendientes, los conflictos sin resolver. Y aunque esos temas son reales y no pueden ignorarse, no siempre deben ocupar el centro del momento.

El salmista describe una escena hermosa: esposa como vid fructífera, hijos como plantas de olivo alrededor de la mesa. Es una imagen de estabilidad, de crecimiento, de paz. No habla de lujos ni de abundancia material, sino de armonía. Esa armonía nace del temor del Señor, de una vida que honra a Dios también en lo cotidiano.

La tranquilidad no ocurre por accidente; se cultiva. Se decide apagar el teléfono. Se decide escuchar antes de corregir. Se decide sonreír aun en medio del cansancio. Se decide posponer ciertas conversaciones difíciles para proteger un momento sagrado. Si queremos hijos como olivos fuertes y estables, debemos ofrecerles un entorno donde la serenidad tenga un lugar diario. Porque donde Dios es honrado, la paz encuentra siempre un lugar donde sentarse.

Ora: Dios nuestro, ayúdanos a aprovechar los momentos de los alimentos para hablar de ti a nuestros hijos. Que nuestro hogar sea ejemplo de amor, moderación y tranquilidad. En Jesús, Amén.

LA CURA DE LAS HERIDAS

“Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite”.

Isaías 1:6

El profeta Isaías describió a su pueblo como un cuerpo cubierto de heridas sin atender. No estaban curadas. No estaban vendadas. No habían sido suavizadas con aceite. Era un diagnóstico espiritual, pero muy humano: cuando el dolor no se enfrenta, se infecta. En nuestras casas puede ocurrir lo mismo. Los recuerdos amargos, la culpa no confesada, el resentimiento acumulado, forman una mezcla que contamina pensamientos y relaciones. Ignorar la herida no la sana; solo la oculta por un tiempo.

La cura comienza cuando dejamos de fingir que todo está bien. La confesión limpia. La reconciliación restaura. Reconocer lo que duele es el primer paso para permitir que Dios intervenga. Pero no basta con limpiar; también hay que vendar. Las heridas expuestas son vulnerables. Necesitan cuidado, límites saludables, tiempo de recuperación. Y necesitan “aceite”. En la Escritura, el aceite simboliza la obra del Espíritu de Dios: consuela, protege, regenera. Donde el Espíritu obra, lo que parecía irreversible comienza a cerrarse.

Tal vez ha llegado el momento de dejar que Dios toque esas áreas que evitamos mencionar. No para avergonzarnos, sino para restaurarnos. Porque ninguna herida es demasiado profunda para el Señor. Y cuando Él cura, no solo repara el pasado, también devuelve la esperanza al futuro.

Ora: *Santo Espíritu, te pedimos que nos ayudes a vencer las penas del pasado y que nos proporciones salud. Límpianos de los recuerdos amargos y restaura nuestra confianza en ti. Amén.*

DE CRISÁLIDA A MARIPOSA

“¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?”.

Mateo 6:27

Un niño observaba con atención un capullo colgado de una rama. Había aprendido que, con el tiempo, de allí saldría una mariposa. Cada día miraba, esperando el momento. Hasta que un día notó un pequeño movimiento. La mariposa comenzaba a salir. Parecía un proceso lento, difícil, casi doloroso. Movidio por la impaciencia —y queriendo ayudar— el niño abrió el capullo un poco más. Quería facilitarle el camino. Pero la mariposa nunca logró volar. Sus alas no se fortalecieron. Poco después, murió.

Lo que parecía crueldad del proceso era, en realidad, parte indispensable de su desarrollo. El esfuerzo de salir del capullo permitía que el fluido de su cuerpo fortaleciera sus alas. Sin lucha, no habría vuelo. En la familia ocurre algo parecido. Queremos evitarles a nuestros hijos todo dolor, toda frustración, toda dificultad. Deseamos allanarles el camino y resolverles los conflictos. Pero hay procesos que no deben ser interrumpidos. Hay luchas que forman carácter.

Jesús nos recuerda que no podemos añadir ni un instante al crecimiento forzándolo. Cada etapa tiene su tiempo. El carácter no se impone. Se forma. Si aprendemos a esperar, veremos cómo esas “crisálidas” que hoy parecen frágiles se convierten en mariposas capaces de volar por sí mismas. Y entonces entenderemos que el esfuerzo no fue en vano, sino parte del diseño perfecto del Creador.

Ora: Señor Jesús, ayúdame a ejercitar la paciencia que me has dado. Ayúdame a basar en ti el progreso de mis hijos. Que ellos puedan ser transformados en bendiciones para los demás. Amén.

CRISIS Y SOLUCIONES

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento...”

2 Pedro 1:5

No existe familia sin crisis. Y no existe matrimonio que no atraviese momentos de tensión. Cuando algo se fractura entre los esposos, toda la casa lo siente. Cuando hay conflictos constantes en el hogar, el matrimonio se resiente. Todo está conectado. Las crisis pueden tener muchos rostros: celos, problemas en la intimidad, desacuerdos sobre la crianza, límites mal definidos, presión económica, enfermedades. A veces no es un gran problema, sino la acumulación de pequeños disgustos no resueltos.

Una crisis no es simplemente un problema; es una señal de que algo necesita atención. Y frente a ella solo hay dos caminos: ignorarla... o enfrentarla. El apóstol Pedro, que conocía la vida familiar, no propuso fórmulas mágicas. Propuso crecimiento. “Añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia...” Es una cadena de desarrollo interior. No comienza con cambiar al otro, sino con transformarse uno mismo.

Si estas cualidades abundan en nosotros, dice Pedro, no quedaremos sin fruto. Una familia que decide crecer espiritualmente en medio de la dificultad convierte la presión en oportunidad. Tal vez la crisis que hoy enfrenta tu hogar no sea pequeña. Pero tampoco es definitiva. Con diligencia, humildad y dependencia de Dios, lo que parecía ruptura puede convertirse en madurez.

Ora: Señor, hay crisis en nuestras familias, pero tenemos tu ayuda y tu protección para vencerlas. Muéstranos las soluciones prácticas para los problemas que parecen insolubles. Amén.

EL TESORO DEL CORAZÓN

“El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas”.

Mateo 12:35

Ser generoso no es solo dar dinero. Es compartir tiempo, atención, palabras amables. Es abrir el corazón y permitir que otros participen de lo que somos y de lo que tenemos. Sin embargo, muchos hogares se han vuelto pequeños mundos aislados. Cada miembro vive en su propio “rincón”. Cada uno con su pantalla, su horario, sus intereses. Buscamos independencia y comodidad. Y sin notarlo, el “mi” reemplaza al “nuestro”.

No hay nada de malo en tener pertenencias personales. El problema surge cuando lo material comienza a separarnos. Cuando compartir se vuelve incómodo. Cuando ya no comemos juntos. Cuando el tiempo en familia es sustituido por dispositivos y puertas cerradas. Jesús enseñó que lo que sale de nosotros revela lo que hay dentro. Si el corazón está lleno de egoísmo, eso es lo que producirá. Pero si está lleno de bondad, generosidad y gratitud, eso mismo se reflejará en la convivencia diaria.

Muchas veces, los hijos aprenden a cerrarse porque han visto primero el ejemplo. La generosidad comienza en los padres: en su disposición a escuchar, a ceder, a invitar, a incluir. Una familia saludable no es la que acumula más bienes, sino la que cultiva más bien. Donde nadie vive aislado, sino acompañado. La generosidad une. El egoísmo divide. Y el corazón que aprende a dar, descubre que al final siempre recibe mucho más de lo que entrega.

Ora: Señor, fuiste generoso cuando entregaste tu vida por nosotros. Haz que seamos también generosos, compartiendo nuestros bienes con los que necesitan más que nosotros. Amén.

FIRMES EN MEDIO DEL MUNDO

“Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse...”

Daniel 1:8

Formar una familia equilibrada nunca ha sido sencillo. Siempre existe el riesgo de irnos a los extremos: o prohibimos todo por miedo, o permitimos todo por cansancio. En ambos casos, los hijos pueden crecer confundidos. Un ambiente lleno de reglas sin explicación produce temor; uno sin límites produce desorientación. Muchos padres, movidos por inseguridad, transmiten miedo al mundo, a las nuevas amistades. La prohibición constante puede privar al hijo de información, de criterio y de la capacidad de discernir. Sin aprender a decidir, difícilmente aprenderán a vivir.

El ejemplo de Daniel es revelador. No fue aislado del mundo; fue llevado a Babilonia, una cultura completamente distinta. Allí recibió educación, influencias y oportunidades. Sin embargo, “propuso en su corazón no contaminarse”. La clave no fue el aislamiento, sino la convicción interior. Daniel supo vivir en medio de un ambiente complejo sin perder su identidad. Fue firme sin ser fanático. Eso es saber vivir: tener principios claros en un mundo cambiante.

Más que criar hijos protegidos del mundo, necesitamos formar hijos preparados para enfrentarlo. Con la ayuda del Espíritu de Dios, podemos formar hijos que no huyan de la realidad, sino que la enfrenten con sabiduría. Porque saber vivir no es evitar el mundo... es caminar en él con un corazón firme delante de Dios.

***Ora:** Señor Jesús, consagramos nuestros hijos a ti para que sean ejemplo de moderación, equilibrio, sabiduría y libertad. Haznos canales y vínculos en los cuales ellos puedan confiar. Amén.*

INTERNET EN CASA

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

Romanos 12:2

La tecnología no es enemiga. Pero cuando se usa sin criterio, puede convertirse en una puerta abierta a grandes conflictos. En el área de la sexualidad, la Internet ha borrado límites que antes estaban más claros. Hoy es fácil confundir sexo, sexualidad y vida íntima, y aún más difícil discernir lo que edifica de lo que destruye. No se trata solo de prohibir dispositivos, sino de formar criterio. Sin renovación interior, cualquier filtro externo será insuficiente. El verdadero campo de batalla está en el entendimiento.

El apóstol Pablo nos llama a no conformarnos a este siglo. Eso implica no aceptar como normal todo lo que la cultura presenta como inevitable. La transformación comienza en la mente, en la manera de pensar, en los valores que abrazamos. En casa necesitamos conversaciones honestas, orientación clara y límites saludables. Pero, sobre todo, necesitamos corazones renovados por Dios. Porque una mente transformada aprende a discernir lo que agrada al Señor aun cuando nadie está mirando.

La Internet puede ser herramienta de aprendizaje o instrumento de destrucción. La diferencia no está en la pantalla, sino en el corazón que la usa. Busquemos en Dios dirección. Renovemos nuestro entendimiento. Y enseñemos a nuestros hijos no solo a navegar en la red... sino a vivir con pureza en medio de ella.

Ora: *Dios y Padre, Tú creaste el sexo con propósitos de inidos. Oriéntanos para que haya equilibrio legítimo y compromiso en nuestra vida sexual. Te lo pedimos en el nombre de Jesucristo.*
Amén.

PRIORIDADES Y VALORES

“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí...”

Mateo 10:37

Toda familia necesita una escala clara de prioridades. Cuando el orden se altera, el equilibrio se pierde. Jesús no estaba promoviendo el descuido familiar; estaba enseñando algo más profundo: solo cuando Dios ocupa el primer lugar, todo lo demás encuentra su lugar correcto. Se ha dicho que la familia, la salud y la paz espiritual son como globos de vidrio: si caen, se rompen. El trabajo, en cambio, es como una pelota de goma: puede rebotar. Sin embargo, con frecuencia dedicamos lo mejor de nuestro tiempo a lo que rebota y descuidamos lo que puede quebrarse.

Jesús también preguntó qué aprovecha ganar el mundo entero si se pierde el alma. El éxito profesional, los logros económicos o el reconocimiento social no compensan un hogar fracturado ni una vida espiritual vacía. La familia no es un obstáculo para el progreso; es la inversión más valiosa. Es el espacio donde se forman los valores Y donde se cultiva el carácter. Pero para protegerla, debemos comenzar por amar a Dios por encima de todo.

Amar a Dios es vivir según Sus principios. Es organizar el tiempo con sabiduría. Es tratar al cónyuge con respeto. Es escuchar a los hijos con paciencia. Es construir un ambiente donde la fe no sea teoría, sino práctica diaria. Cuando Dios es la prioridad, el matrimonio se fortalece, la familia se afirma y el trabajo encuentra su justa medida.

Ora: Señor Jesús, ayúdame a dedicar tiempo a mi cónyuge y a mis hijos. Ayúdame a establecer prioridades para que mi hogar viva momentos de tranquilidad y alegría. Amén.

LA FAMILIA AL PIE DE LA CRUZ

“Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena”.

Juan 19:25

En el momento más doloroso de su vida, Jesús no dejó de pensar en su familia. Desde la cruz, en medio del sufrimiento, se aseguró de que su madre quedara bajo cuidado. No fue un gesto sentimental; fue un acto consciente de amor y responsabilidad. La cruz nos enseña algo muy sencillo y muy profundo: el amor verdadero se entrega. No se impone. No actúa por interés.

Vivimos en una cultura donde todos reclaman derechos. Pero el evangelio nos muestra otro camino: el del servicio. En la visión reformada de la vida cristiana, entendemos que no nos pertenecemos a nosotros mismos; hemos sido comprados por precio. Por eso, nuestra vida —también en la familia— es respuesta agradecida a la gracia de Dios. Entregarse no es perder identidad. Es reflejar el carácter de Cristo. Es ceder cuando sería más fácil exigir. Es pedir perdón cuando el orgullo quiere callar. Es poner el bienestar del hogar por encima del ego personal.

La cruz no es solo el lugar donde fuimos redimidos; es el modelo de cómo debemos vivir. Allí vemos que el liderazgo es servicio y que la autoridad se ejerce con amor sacrificial. Cuando la familia se reúne alrededor de la cruz —no como adorno, sino como principio de vida— aprende que el verdadero poder está en darse. Y en ese acto de entrega diaria, sencilla y constante, el hogar comienza a parecerse un poco más al reino de Dios.

Ora: Señor Jesús, quiero entregar mi vida a mi familia. Ayúdame a ser amoroso, paciente, responsable, dedicado y generoso. Que tu ejemplo de dedicación y cariño pueda dar dirección a mi vida.

Amén.

PLACER DE VIVIR

“Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan”.

Juan 21:9

Después de la resurrección, los discípulos llegan a la orilla... y encuentran a Jesús haciendo desayuno. Brasas encendidas. Pan. Pescado. No es un sermón. Es una comida compartida. Ese detalle es hermoso. El Señor resucitado preparando algo sencillo para los suyos. Ser familia también es eso: momentos simples. Reírse juntos. Comer sin prisa. Ver una película sin culpa. Salir a caminar. Escuchar música. Conversar sin agenda. No todo en el hogar es corrección, disciplina y responsabilidad. También es disfrute.

A veces espiritualizamos tanto la vida que olvidamos que Dios creó el descanso, la risa y la mesa compartida. Jesús asistió a bodas, aceptó invitaciones, celebró comidas y se retiró a descansar. No rechazó los buenos regalos del Padre; rechazó lo que esclaviza y destruye. La casa que frecuentaba en Capernaúm solía estar llena de gente. Para Él, la familia no era solo un vínculo de sangre, sino una comunidad que hace la voluntad de Dios. Eso significa que el gozo también forma parte de la obediencia.

Una familia que aprende a disfrutar lo bueno que Dios da, sin excesos ni culpas innecesarias, refleja equilibrio. No vive para el placer, pero tampoco lo desprecia. Porque cuando Cristo está en el centro, incluso unas brasas encendidas a la orilla del mar se convierten en un recordatorio de que la fe también sabe sonreír.

Ora: Señor Jesús, gracias por darnos ejemplo de alegría y relajamiento. Permite que nos libremos de las tensiones del trabajo cotidiano y podamos vivir una vida saludable con familiares y amigos. Amén.

UNIDAD QUE COMIENZA EN EL HOGAR

“Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”.

Juan 17:21

Estas palabras no son un consejo cualquiera. Son parte de la oración de Jesús antes de ir a la cruz. En uno de los momentos más solemnes de su vida, el oró por la unidad de los suyos. Imagina eso: el Hijo hablando con el Padre, y pidiendo que nosotros vivamos en armonía. No una unidad cualquiera, sino una que refleje la comunión perfecta entre el Padre y el Hijo. Una unidad que no nace de afinidades naturales, sino de una fe compartida.

Jesús no dijo: “que todos piensen igual en todo”, sino “que sean uno en nosotros”. La verdadera unidad comienza cuando Dios ocupa el centro. Cuando Él es la referencia común, las diferencias no desaparecen, pero dejan de dividir. En la familia, esta oración cobra un sentido muy práctico. Ser uno significa aprender a escucharse, a perdonarse, a caminar juntos aun cuando no todo es fácil. Significa que el vínculo con Cristo es más fuerte que cualquier desacuerdo.

Y Jesús añade algo impactante: “para que el mundo crea”. La unidad tiene un propósito misionero. Un hogar reconciliado habla más fuerte que muchos discursos. Una familia que vive en gracia se convierte en testimonio visible del evangelio. Tal vez no podamos cambiar el mundo entero. Pero sí podemos comenzar por nuestra casa. Imagina una familia así. Eso fue lo que Jesús pidió al Padre.

Ora: Dios, une a nuestras familias por medio de Jesucristo. Que podamos atestiguar que en ti somos uno solo y que tu amor alcance al mundo entero. En Su nombre oramos. Amén.

SEMBRANDO FUTURO

“Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos”.

Mateo 1:2

La Biblia no comienza el evangelio con un milagro espectacular, sino con una genealogía. Padres. Hijos. Generaciones. Dios obra a través de familias. Siempre se ha dicho que los hijos no nos pertenecen; pertenecen al Señor. Nosotros somos administradores. La pregunta es: ¿qué tipo de generación estamos formando?

Dios no llamó a Abraham solo para bendecirlo a él, sino para que en su descendencia fueran benditas todas las naciones. Cada generación recibe una fe y debe decidir si la conserva, la descuida o la fortalece. Necesitamos hijos que aprendan a caminar por fe, como Abraham. Que valoren la fidelidad en sus relaciones, como Isaac. Que, como David, usen sus dones para honrar a Dios. Que, como Josías, amen la Palabra. Que, como José, sean instrumentos de bendición en medio de un mundo difícil.

La genealogía de Mateo nos recuerda que la gracia de Dios atraviesa generaciones imperfectas. Hubo fallas, tropiezos y pecados en esa línea familiar. Y aun así, Dios cumplió su promesa hasta llegar a Cristo. Eso nos da esperanza. No se trata de criar hijos perfectos, sino de apuntarlos hacia el Dios fiel. Cada decisión en casa —una conversación, una corrección, un ejemplo— está sembrando futuro. El que aprende de las generaciones pasadas es sabio. Pero el que transmite fe a la siguiente está participando en el plan redentor de Dios.

Ora: Señor Jesús, derrama sobre nosotros la plenitud del Espíritu Santo para que orientemos a nuestros jóvenes y adolescentes en tus caminos. Que seamos canales de bendiciones para ellos. Amén.

VENID A MÍ

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Mateo 11:28

¿Está tu hogar descansando... o simplemente sobreviviendo? Vivimos rodeados de ruido: noticias que alarman, presiones económicas, exigencias laborales. La ansiedad se siente en la mesa, en las conversaciones, en el corazón. A esto se suman expectativas irreales: éxito inmediato, fama, imagen perfecta. Nuestros hijos reciben mensajes que prometen satisfacción rápida, pero dejan vacío profundo.

En medio de ese escenario, la voz de Jesús sigue siendo clara: “Venid a mí”. No es una invitación a escapar de la realidad, sino a descansar en Él dentro de la realidad. Jesús promete descanso para el alma. Un descanso que nace de confiar en su soberanía, de aprender su mansedumbre y de caminar bajo su señorío.

La familia necesita ese descanso. Necesita volver a lo esencial: metas realistas, prioridades ordenadas, valores firmes. Necesita detenerse y escuchar a Cristo antes que a las voces estridentes de la cultura. Cuando el hogar aprende a acudir a Jesús, las cargas no desaparecen mágicamente, pero dejan de aplastar. El estrés cede espacio a la confianza. La ansiedad se reemplaza por esperanza. Tal vez hoy sea el momento de hacer una pausa. De decir “basta” al ritmo frenético. De volver al Maestro. Porque el descanso verdadero no se encuentra en el éxito, ni en el reconocimiento, ni en el consumo; se encuentra en Cristo.

Ora: *¡Estamos cansados, Señor Jesús! Es tanta la información que no sirve para nada. Ayúdanos a rechazar la sobrecarga que intentan colocar sobre nosotros. Amén.*

¿QUÉ REVELA TU CORAZÓN?

“El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas”.

Mateo 12:35

Jesús nos lleva directo al centro de control: el corazón. Allí está el verdadero tesoro. Y de allí sale todo: palabras, decisiones, actitudes. ¿Qué estamos guardando dentro? ¿Qué valor ocupa el primer lugar en nuestra vida? Porque tarde o temprano, lo que atesoramos se nota.

Cuando el corazón se llena de egoísmo o de vanidad, las relaciones se debilitan. El afecto se enfría. El compromiso pierde valor. El matrimonio se vuelve accesorio y la familia secundaria. Pero Jesús también dijo algo más: “Donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón”. No es solo una advertencia; es una invitación. Si colocamos nuestro tesoro en lo eterno, el corazón se ordena. Si valoramos el matrimonio y la familia como dones de Dios, nuestras decisiones comenzarán a protegerlos.

En la visión cristiana entendemos que toda la vida pertenece a Dios. El hogar no es un espacio secular separado de la fe; es el primer lugar donde se vive la fe. Es ahí, en lo sencillo de cada día, donde aprendemos a creer, a amar y a parecernos un poco más a Cristo. El matrimonio y la familia no son obstáculos para el progreso; son parte del llamado de Dios. Son tesoros que deben cuidarse, nutrirse y defenderse. Porque al final, lo que más protege a un hogar no es el dinero ni el prestigio: es un corazón que ha decidido guardar su tesoro en el lugar correcto.

Ora: *Padre, Tú instituiste la familia. Ayúdanos a mantener buenas relaciones dentro de ella. Ayúdanos también a amar a las personas que conviven con nosotros diariamente. En Jesús, Amén.*

ENTRE LA FE Y LA SUPERSTICIÓN

“Derechos están como palmera, y no hablan; son llevados, porque no pueden andar. No tengáis temor de ellos, porque ni pueden hacer mal, ni para hacer bien tienen poder”.

Jeremías 10:5

Desde tiempos antiguos, las personas han atribuido poder a objetos, imágenes o símbolos. Se convierten en amuletos, “protecciones”, señales de suerte o de desgracia. Pero el profeta Jeremías es claro: no tienen poder. No hablan. No caminan. No hacen ni bien ni mal. El problema no es el objeto en sí, sino el corazón que deposita en él confianza. Cuando la superstición ocupa el lugar de la fe, la familia pierde dirección. Se teme lo que no tiene poder y se descuida lo que sí lo tiene.

El bien y el mal no se transmiten por figuras inanimadas. Se transmiten por ejemplo. El carácter de los hijos no se forma por lo que cuelga en la pared, sino por lo que ven cada día en sus padres. Se moldea en el trato, en las palabras, en la coherencia. Muchos jóvenes que se desvían no lo hacen por influencia de un “objeto”, sino por heridas profundas: abuso, abandono, falta de guía, ausencia de afecto, mal ejemplo. El verdadero campo de batalla no está en lo material, sino en el corazón humano.

La Escritura nos recuerda que solo Dios tiene poder verdadero. Por eso, en lugar de temer supersticiones o símbolos, necesitamos cultivar fe genuina. Con Jesús, el mal no tiene la última palabra. Él es quien transforma corazones y preserva vidas. No temamos a lo que no tiene poder. Temamos a Dios, y caminemos en su verdad. Allí comienza la verdadera victoria.

Ora: Señor Jesús, quita el pecado de nuestro corazón y haz que seamos conscientes de nuestros actos y palabras. Libranos del dominio y la influencia del mal por medio de tu poder. Amén.

¿SOBRE QUÉ ESTAMOS EDIFICANDO?

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca”.

Mateo 7:24

Toda familia está construyendo algo. Día tras día, con decisiones pequeñas y grandes, levantamos paredes, formamos hábitos y establecemos fundamentos. En un mundo lleno de alternativas, Jesús las reduce a solo dos. En Mateo 7:24-27 nos habla de dos constructores: uno que edificó su casa sobre la roca, y otro que, aunque también construyó, lo hizo sobre la arena.

La pregunta no es si habrá tormentas, sino sobre qué está edificada la casa. En el relato del Sermón del Monte, ambas casas enfrentaron lluvia, ríos y vientos. La diferencia no estuvo en la intensidad de la tormenta, sino en el fundamento. La casa sobre la roca resistió; la de arena cayó. La estabilidad del hogar no depende de una vida sin conflictos, sino de una base firme.

Dios, quien diseñó la familia, establece el fundamento en su Palabra. Pero Jesús no habló solo de escuchar, sino de oír y hacer. La base no es la información, es la obediencia. En la visión cristiana entendemos que Cristo no es un complemento del hogar; es su fundamento. Él es quien da sabiduría para decidir, gracia para perdonar y firmeza para perseverar. Construir sobre la roca que es Cristo no es tan glamuroso. No se ve tan bonito al principio. Requiere esfuerzo, planificación, y sobre todo... paciencia. Pero escúchame bien: es la única forma de criar una familia que resista las tormentas de la vida.

Ora: Dios y Padre, Jesucristo es nuestra roca, nuestra seguridad y el fundamento de nuestro hogar. Ayúdanos a creer en tu Palabra y practicarla diariamente. En el nombre de Jesús. Amén.



